

de la manera mas inicua. El emperador Constancio II habia cedido á la comunidad cristiana de la capital del Egipto un templo viejo de Mitra, que segun el edicto de Juliano correspondia restituir á los paganos; pero el citado obispo, que habia destinado el solar á una iglesia nueva, no hizo caso de la orden del emperador y mandó sacar del templo todo cuanto contenia. En el santuario se encontraron objetos propios del culto y además cráneos y esqueletos humanos, que la multitud cristiana paseó por las calles haciendo público ludibrio de ellos, porque el obispo los habia declarado restos de sacrificios humanos. Esto sucedió en el verano del año 362, cuando el amigo y mejor apoyo del obispo, el general Artemisio, hombre inicuo, habia sido llamado á la corte, establecida entonces en Antioquia, donde fué ejecutado por sus crímenes. La colision entre el populacho pagano y el cristiano fué terrible, y el obispo Jorge murió á manos del primero de una manera espantosa. Juliano, á pesar de su política de no hacer mártires, quiso mostrarse severo con los provocadores; pero no pasó de lo estrictamente necesario y continuó en su actitud neutral. Despues ocupó el puesto del obispo Jorge su antiguo adversario Atanasio, que regresó de su destierro; y habiendo empezado á hacer una activa y fructífera propaganda entre la poblacion gentilica, el emperador volvió á expulsarle de Alejandría.

En estas circunstancias sobrevino la guerra con la Persia, y el emperador, en la segunda mitad del mes de mayo de aquel año 362, salió de su capital de Constantinopla, y en julio estableció su cuartel general en Antioquia. Allí estaba haciendo sus preparativos para la expedicion contra el rey de Persia cuando ocurrieron en Alejandría las escenas que dejamos referidas. A no haber estado Juliano ocupado en esta empresa, que fué la última de aquel hombre extraordinario, porque le costó la vida, ¿quién sabe si habria podido conservar su calma generosa y filosófica en medio de los desórdenes provocados en el interior por los conflictos entre cristianos y gentiles? ¿Quién sabe las conmociones á que habria dado lugar si finalmente se hubiese dejado arrastrar, en vista de la terquedad é insolencia de los cristianos, á proceder contra ellos con rigor?

El astuto rey de Persia, Sapor, habia sabido con terror que en lugar del poco temible Constancio, se habia instalado en el palacio imperial de Constantinopla el héroe de Estraburgo, decidido á restablecer el honor de las armas romanas á orillas del Tigris y á seguir las huellas victoriosas de Alejandro Magno, Trajano y Severo. No se sabe si Sapor procuró apartar el golpe presentando condiciones de paz equitativas, ni si Juliano las rechazó secamente; probablemente Juliano se alegró de tener donde respirar otra atmósfera distinta de la de los odios y excesos de los religiosos fanáticos, y donde encontrar ocasion para desplegar su talento y sus grandes dotes con gloria y utilidad positiva para él y el imperio.

Durante su prolongada permanencia en Antioquia, adonde llamó á su lado en calidad de secretario al profesor ateniense Himerio, no tuvo mas que disgustos; una mala cosecha habia engendrado gran miseria, que Juliano se esforzó en vano por disminuir, dejándose llevar por su celo al recurso erróneo de querer fijar los precios de los víveres. Al propio tiempo excitó con su vida ascética y con su porte sencillo y descuidado las sátiras mordaces de los habitantes de aquella capital, tan burlones como aficionados á la ostentacion, y á quienes el emperador parecia un ente cómico. Juliano estaba á su vez indignado de la situacion religiosa; porque no solamente vió que de los doscientos mil habitantes mas de la mitad pertenecian á la iglesia cristiana, sino que allí, mas que en ninguna otra parte, el resto de la poblacion mostraba

una indiferencia por sus antiguos cultos que el emperador no habia esperado. Su disgusto llegó á su colmo cuando el 22 de octubre un incendio redujo á cenizas el templo de Apolo, situado en el arrabal de Dafne y hecho restaurar por Juliano con la mayor magnificencia. No dudó un instante de que el incendio fuese obra de los cristianos, y en su ira mandó cerrar la basílica cristiana, sin perjuicio de la correspondiente causa criminal que se instruyó con la severidad que era de presumir. Todo esto le hizo odiosa la permanencia en Antioquia, y aunque la campaña contra la Persia no urgía tanto, dióse prisa á salir de la capital de Siria para pasar á la Mesopotamia, tanto mas cuanto que sus preparativos estaban concluidos; habia contratado grandes masas de guerreros godos, se habia asegurado la cooperacion del rey de Armenia, y su fuerza efectiva de tropas de campaña formaba un total de cien mil hombres aproximadamente, reunidos ya á orillas del Eufrates.

El 5 de marzo del año 363 salió de Antioquia, y cuando se puso al frente de sus tropas desplegó tanta prevision, prudencia, arrojo, talento estratégico, y tan admirable don de entusiasmar al ejército, que bien puede pasar por el capitán mas grande entre todos los que el imperio tuvo en aquel siglo. Para hacer creer á los persas que su plan era pasar el Tigris por el Norte de la Mesopotamia, envió en aquella direccion treinta mil hombres á las órdenes de los generales Procopio y Sebastian, que en combinacion con los armenios, si posible era, debian avanzar hácia la parte mas meridional de la Media y pasar luego al curso inferior del Tigris para reunirse allí con él. Mientras tanto, se encaminó Juliano con sesenta y cinco mil hombres directamente al Eufrates; en 1.º de abril, con gran sorpresa de los persas, llegó á la plaza fronteriza de Circesio; el 5 del mismo mes atravesó el rio Caboras (1) que formaba la frontera, y avanzó por el país enemigo con su impetuosidad acostumbrada, siguiendo la orilla izquierda de este magnífico rio. Acompañaba al ejército terrestre una escuadra de mil cien buques; mil de transporte, llevando municiones y pertrechos de guerra, y los demás de combate, que en caso necesario podian servir para formar puentes. Los castillos y ciudades fortificadas que defendian aquella frontera persa cayeron uno tras otro en poder de los romanos; la gran plaza fuerte de Pirisabora cayó despues de un dia de sitio ante las terribles máquinas de ataque de los romanos, y el castillo tuvo que capitular al tercer dia. El jóven héroe parecia invencible; la red de canales y los pantanos que cubrian la Mesopotamia meridional, ó mejor dicho la Babilonia septentrional, fueron obstáculos que el ejército romano salvó casi sin detenerse; la poderosa fortaleza de Maogamalca, distante solo dos ó tres leguas de la capital de Persia, y cuyos defensores ofrecieron una resistencia decidida, fué tomada por asalto la segunda noche de sitio, á consecuencia de una mina bien calculada que facilitó la entrada de las tropas romanas. Juliano, que habia dirigido el sitio con el auxilio del eminente general godo Nevita, hizo arrasar la ciudad. Entonces el ejército pudo adelantarse hasta la inmediacion de las ruinas de Seleucia y del arrabal de Ctesifonte llamado Coque, situado en la orilla derecha del Tigris, y despues de tomar la fortaleza de Sabata, preparar el paso de aquel majestuoso rio.

Para efectuar este paso hizo el emperador limpiar el canal construido por Trajano, que unia el Eufrates al Tigris y que habia sido cegado por los persas. La obra fué ejecutada con rapidez sorprendente; la escuadra pasó del primer rio al segundo, pero en la elevada orilla izquierda del Tigris, que

(1) El rio Araxes de Jenofonte.

tenia entonces gran anchura y mucha corriente, estaban los persas ocupando una posicion ventajosísima y bien fortificada. A pesar de esto, Juliano, en la primera noche favorable se aventuró á hacer la travesía; el enemigo incendió los primeros cinco buques, pero los romanos pasaron, y tan pronto como las primeras columnas hubieron trepado á la escarpada orilla empezó á media noche la batalla mortífera que acabó al mediodía siguiente, segun cálculos modernos el 27 de mayo de 363, con la derrota completa de las huestes persas, las cuales huyeron á la desbandada á Ctesifonte, perseguidas por las tropas auxiliares godas.

Con esto habia llegado la gloria y fama militar de Juliano á su grado máximo. El rey Sapor estaba tan desanimado y dispuesto á hacer grandes concesiones, que apeló á la mediacion del príncipe Hormisdas, que acompañaba al emperador Juliano, para negociar la paz; pero el impetuoso Juliano, por su desgracia y la del imperio, rechazó los ofrecimientos brillantes del enemigo, porque estaba dominado por la ilusion peligrosa de imitar á Alejandro Magno, que le hacia sordo á la voz de la prudencia y de la tradicion militar que desaconsejaba toda empresa conquistadora mas allá de Ctesifonte.

Juliano resolvió, pues, perseguir al enemigo en el interior del Iran; y para evitar que los persas, que continuaban dueños de Ctesifonte, se apoderasen de la flota de transporte, la quemó, porque para conservarla habria tenido que dejar junto al Tigris un cuerpo de ejército que la protegiera, lo cual hubiera sido una imprudencia temeraria no habiendo llegado los generales Procopio y Sebastian con sus fuerzas, ya por desunion entre ellos, ya por culpa de los armenios. Juliano pudo tomar estas resoluciones heroicas de quemar sus naves y continuar la campaña en el interior de la Persia, probablemente en direccion de Ecbatana ó al nordeste, porque si bien era severísimo en materia de disciplina y castigaba toda negligencia y cobardía con dureza, habia entusiasmado á todo el ejército con su valor y arrojo asombrosos, exponiendo su persona sin consideracion alguna á los mayores peligros, fatigas y privaciones, mientras en el reparo de botin se mostraba siempre desprendido y desinteresado. Así las tropas estaban dispuestas á seguirle á donde quisiese.

Emprendida ya la marcha, vinieron los trabajos; el calor sofocante de junio fué fatal para los soldados, especialmente para los germanos, y los enjambres de insectos se hicieron insufribles; á todo lo cual se agregó la escasez de víveres, porque los persas, que en ninguna parte hicieron resistencia, sin dejar de molestar con su veloz caballería á las tropas invasoras, habian incendiado todas las aldeas y destruido con espantosa constancia todas las provisiones y sembrados que no habian podido llevarse á otros puntos. A los quince dias se convenció Juliano de que no habia mas remedio que volver atrás; la miseria, la falta de todo, menos del fiel é inquebrantable afecto de la tropa, que supo conservar hasta en circunstancias tan difíciles, destruyeron sus ensueños de gloria y de competencia con Alejandro Magno y le devolvieron su reflexion serena. Con resolucion, energía y habilidad dignas de Jenofonte, cambió de direccion y guió su ejército al noroeste, hácia el país montuoso de Corduene. Pronto vió que un numeroso ejército persa, mandado por el príncipe Merenes, trataba de cortarle la retirada al Tigris, pero en los muchos combates que los romanos se vieron obligados á sostener, ninguna ventaja consiguieron las masas persas con su caballería acorazada, sus lluvias de flechas y sus elefantes. La retirada parecia que debia efectuarse hasta el fin con toda felicidad, quedando Juliano en disposicion de emprender al año siguiente hácia el interior de la Persia una nueva campaña mas feliz, aprovechando la experiencia adquirida en esta.

Sucedió, sin embargo, en la madrugada del 26 de junio de 363, que inspeccionando el emperador los primeros cuerpos de su ejército, hostigado siempre por las guerrillas persas, en la proximidad de Samarra, mientras la vanguardia y retaguardia romanas estaban defendiéndose contra los molestos tiradores enemigos, apareció súbitamente una fuerte columna de caballería acorazada y de elefantes, y se arrojó sobre el centro del ala izquierda. El emperador rechazó el ataque con buen éxito, pero no acordándose en su ardor de que no llevaba coraza á causa del calor y siguiendo impetuosamente el alcance de los persas, uno de estos, huyendo, se volvió sobre su caballo y con la terrible habilidad de aquellos guerreros disparó una flecha contra el emperador, que hirió á este mortalmente en un costado. La batalla, que luego se generalizó, fué sañuda y mortífera; los persas fueron vencidos y perdieron sus generales Merenes y Nahodares, cincuenta sátrapas y mucha tropa; pero los romanos perdieron á su emperador, sin contar las demás bajas, entre ellas la del canciller del imperio Anatolio. La alegría de la victoria cesó cuando el ejército supo á media noche que el héroe imperial habia succumbido de resultas de su herida.

A la muerte de último Constantino, siguió rápidamente la decadencia del poder romano y de todas sus grandezas.

CAPITULO II

LA DINASTIA PANÓNICA

Cuando la noticia de la muerte del emperador Juliano llegó á las provincias orientales del imperio, resonó entre todos los cristianos un inmenso grito de júbilo por verse tan súbitamente libres de la situacion molesta y opresora que habian soportado durante diez y ocho meses. No faltaron escenas odiosas y tumultuarias de reaccion contra los hasta entonces protegidos partidarios de la antigüedad pagana, entre los cuales en cambio fueron grandes la consternacion y el desaliento; y muchos, al ver cómo se derrumbaba por sí solo á su alrededor todo cuanto habia reanimado Juliano con su soplo, no dudaron ya de la desaparicion completa y definitiva, en un plazo no lejano, de toda la antigüedad olímpica.

Otras noticias posteriores, procedentes del teatro de la guerra, evidenciaron cuán inmensa era la pérdida que la muerte del último heroico é ilustre vástago de la familia de Constancio Cloro habia causado al imperio.

En efecto, al día siguiente de la muerte de Juliano se reunieron los jefes del ejército para elegir un sucesor y ofrecieron el cetro al prefecto Salustio Secundo, amigo íntimo que fué del difunto y persona respetabilísima; pero por desgracia el agraciado renunció al honor que se le dispensaba, pretextando su avanzada edad y sus achaques, y entonces los reunidos eligieron, con excesiva precipitacion, á un jefe de legion llamado Flavio Claudio Joviano. Este, que habia nacido en el año 331, y era hijo del distinguido general Varroniano, jefe de una de las primeras secciones de la nueva guardia imperial y cuyos méritos contribuyeron en gran parte á la eleccion de su hijo Joviano, era persona de aspecto imponente y marcial, excelente compañero y conocido entre los suyos como hombre de honor, amable, bondadoso, amigo del vino y de las mujeres; pero no estaba á la altura de la situacion difícilísima en que se encontraba el ejército.

Ante todo era urgente no perder tiempo y continuar la marcha; la hueste persa presentó otra batalla y fué otra vez derrotada, y el ejército romano, siempre hostigado, llegó al fin al castillo de Sumera, á orillas del Tigris. Allí Joviano demostró que no estaba á la altura de su mision. Cerca de Dura perdió algunos dias preciosos, intentando varias veces sin

resultado pasar el río; y entonces el rey de Persia, enterado por un desertor, enemigo personal de Joviano, de la ineptitud del nuevo emperador, combinó un plan para obtener una paz favorable, ya que se había convencido de que por la fuerza de las armas no podía esperar obtener ventaja alguna. Joviano, en cuyo ejército se observaban ya, á consecuencia de su dirección vacilante, síntomas de rebelión, habría podido evitarle el peligro mas inmediato y mayor, no perdiendo tiempo hasta llevarlo á un punto seguro, si hubiese tenido el talento y genio ardiente de Juliano; pero perdió cuatro días mas, durante los cuales las penalidades y el descontento de la tropa fueron exacerbándose rápidamente. Al propio tiempo deseaba Joviano salir de allí con sus fuerzas para entrar en territorio romano, consolidar su poder y cortar las tentativas de usurpación que temía, especialmente de parte del general Procopio, pariente del emperador difunto. En este estado de cosas el rey Sapor envió al campamento romano una embajada de grandes de su reino para entablar negociaciones de paz; Joviano, que carecía de talento diplomático, se dejó engañar, y á los diez y seis días solamente de la muerte de Juliano firmó la paz mas vergonzosa imaginable, la cual debía durar treinta años segun el tratado, renunciando á favor de la Persia, no solamente las conquistas de Diocleciano sino tambien una gran parte de la Mesopotamia romana con diez y seis plazas fuertes, entre ellas Singara y la heroica ciudad de Nisibe, y dejando la Armenia abandonada á la merced de la Persia. En cambio concedió Sapor al ejército romano paso libre para salir de su territorio, y le facilitó víveres y medios para pasar el Tigris. Sin embargo, á este lado del río todavía volvieron á faltar recursos en los páramos de la Mesopotamia, en el camino del oasis de Atra, en Ur, y despues hasta Tilsafata, donde acabaron tantas penalidades y miserias. Allí estaba con su ejército el general Procopio, que al instante reconoció al nuevo emperador y recibió de este la misión de conducir las cenizas de Juliano á Tarsos.

Desde Tilsafata apresuróse Joviano á enviar á todas las partes del imperio altos jefes de su confianza, encargándoles de los mandos mas importantes para afirmarse en el poder, porque no se disimulaba los peligros que podía suscitar la elección precipitada y excepcional de un jefe casi desconocido como él para el mas elevado puesto del imperio, inmediatamente despues de una dinastía tan brillante como la de los Constantinos.

Por otra parte, al vergonzoso tratado de paz se agregó la humillación que le impuso el comisario persa Bineses, de hacer evacuar por sí mismo las plazas fuertes cedidas á la Persia. Joviano no era de la madera de aquellos antiguos senadores que con tanta brutalidad como perfidia defraudaron un día á los samnitas del fruto de su victoria en las gargantas de Caudio; y resistiendo todas las súplicas de los héroes de Nisibe, que hasta se brindaron á sostenerse contra las huestes persas con sus fuerzas propias, mandó á los ciudadanos fidelísimos de la ciudad infortunada que bajo pena de muerte la evacuaran en el término de tres días, como lo hicieron estableciéndose en Amida.

Joviano, que era cristiano y homusiano celoso, mostró mas talento en su política religiosa que en la extranjera. Devolvió á las iglesias, al clero, á las viudas y á «las santas vírgenes» todo lo que Constancio les había concedido y Juliano les había quitado; pero por lo demás, adoptó la única política acertada en aquella época de pasiones religiosas sobrecitadas, á saber: la de la libertad religiosa absoluta en el sentido del edicto de Milan, promulgado por Constantino. No prohibió á los paganos sino los sacrificios mágicos, y los filósofos neo-platónicos de la corte de Juliano encontraron en la de su sucesor asilo y amparo, despues de haberse visto en

durísimo trance mientras el nuevo emperador estaba todavía en Antioquia, adonde se había dirigido desde la Mesopotamia. En Antioquia permaneció Joviano algun tiempo antes de continuar su camino á la nueva capital del imperio, en la cual solo entró despues de muerto. Tambien quiso restablecer la paz y la tolerancia en el seno de la iglesia cristiana; pero difícilmente lo habría conseguido, ni quizás él mismo hubiera permanecido neutral á haber sido su reinado mas largo de lo que fué. En Antioquia le asediaron los obispos de las diferentes sectas para ganarle cada uno á favor de la suya, pero solo obtuvo sus simpatías el septuagenario Atanasio, llamado por él á su residencia, y esto bajo la condición de que á nadie se molestara por sus opiniones religiosas. Sin embargo los homusianos se vieron favorecidos personalmente mas que las personas pertenecientes á otras sectas, y algunos cortesanos fueron castigados por haberse jactado demasiado de ser arrianos.

A últimos de diciembre del año 363 salió el emperador de la capital de Siria para Constantinopla pasando por Tarsos, donde arrojó flores sobre el sepulcro de Juliano; de allí pasó á Tiana en Capadocia, y de Tiana tomó el camino de Ancira, á donde no pudo llegar con vida. En la noche del 16 de febrero, en la pequeña ciudad de Dadastana, en el límite entre la Galacia y Bitinia, á mas de trece leguas de Ancira, recibió las felicitaciones de una comisión del Senado de Constantinopla, cuyo orador, el célebre filósofo griego Temistio, le dió las gracias por la libertad religiosa que había concedido al imperio; aquella misma noche del 16 al 17 de febrero del año 364 murió repentinamente de una indigestión de las emanaciones de su dormitorio, recientemente revocado de yeso. El cadáver fué conducido á Constantinopla y depositado en la iglesia de los Apóstoles al lado de los restos mortales de los Constantinos.

El ejército marchó á Nicea, donde los jefes y altos funcionarios del Estado, se reunieron para elegir un nuevo emperador. Esta vez se hizo la elección con mas calma y mas discreción, proclamando finalmente por unanimidad de votos á Valentiniano, candidato recomendado por el anciano Salustio y entonces comandante de la guardia imperial. Valentiniano había nacido en el año 321 en Cibalae, ciudad de la Baja Panonia, célebre por las muchas batallas que cerca de ella se habían librado. Allí su padre, llamado Graciano, era aprendiz de cordelero cuando fué quintado para el ejército; en tiempo de Diocleciano y Constantino, su fuerza atlética, su destreza y clara inteligencia, le valieron una plaza en la guardia imperial, y desde este cuerpo fué ascendiendo hasta general, en cuya calidad ocupó un mando primero en Africa y luego en Inglaterra. Finalmente se retiró con la dignidad de *comes* á sus propiedades, situadas al parecer cerca de su ciudad patria, las cuales le fueron confiscadas por el vengativo Constancio, despues de la batalla de Mursa, porque Graciano había tenido, de buen ó mal grado, que recibir al usurpador Magnencio cuando llegó allí con su ejército. Esto sin embargo no perjudicó á la carrera militar de sus dos hijos, el mayor Valentiniano y Valente el menor, que tenía siete años menos que su hermano, y que habían hecho ascensos rápidos, especialmente el primero. Valentiniano era conocido en el ejército por su figura majestuosa, su preclara inteligencia y asombrosa energía. Era jefe de un cuerpo de caballería en el ejército de Juliano cuando este era todavía César; pero en 357 una intriga del general Barbatio le hizo salir del servicio y retirarse á Sirmio, donde su esposa Valeria Marina dió á luz en 18 de abril ó en 20 de mayo de 359 un hijo, que recibió el nombre de Graciano (1), como su

(1) Que fué mas tarde emperador.

abuelo. Valentiniano fué llamado por Juliano otra vez tan luego como fué reconocido emperador único, y estuvo encargado del mando de la sección de escuderos de la guardia imperial. Estando con el emperador en Antioquia, sucedió que en una de las procesiones paganas organizadas bajo la protección de Juliano, en el verano del año 362, un sacerdote pagano le roció la capa con agua lustral. Valentiniano, que era celoso cristiano y además tenía un carácter vivo é impetuoso, contestó con un bofetón al sacerdote, lo cual le valió de parte del emperador el ser encerrado por muchos meses en un castillo de la Tebaida, y de parte de la Iglesia el glorioso título de *confesor*. En la guerra de Persia volvió á desempeñar un mando en el ejército de Juliano, y muerto este fué enviado por Joviano á la Galia para anunciar su advenimiento á las legiones allí estacionadas, y despues obtuvo un ascenso en la sección de la guardia imperial, en la cual había mandado antes á los escuderos. En este puesto, hallándose con su tropa á la muerte de Joviano en Ancira, recibió la noticia de su elección para jefe supremo del imperio. Una semana despues, el 26 de febrero de 364, fué proclamado emperador por la tropa, que le levantó á la manera de los guerreros germánicos sobre el escudo en el Campo de Marte de Nicea.

Desde Nicea pasó el nuevo emperador sin dilación á Constantinopla. Allí nombró en 1.º de marzo á su hermano menor, Valente, caballerizo mayor, y el 28 del mismo mes César, para complacer al ejército, el cual pidió el nombramiento inmediato de un sucesor, pues que estaba todavía vivo el recuerdo de la triste situación en que se había encontrado á falta de esta precaución á la súbita muerte del emperador Juliano. No era Valentiniano amigo de favorecer á su familia á costa de los intereses públicos; pero esta vez cedió al amor fraternal, á despecho de las prudentes observaciones que le hizo en contrario el general de la caballería Dagalaifo; verdad es que tampoco pudo preveer que su hermano, de talento muy mediano, tendría que hacer frente en momentos aciagos y reducido á sus fuerzas propias, á tempestades tremendas. En cambio estaba seguro de la inquebrantable fidelidad y obediencia de su hermano, cualidades que Valente no desmintió nunca, excepto en la cuestión eclesiástica.

Valentiniano no pudo permanecer mucho tiempo en Constantinopla, porque la muerte de Juliano y la vergonzosa paz con la Persia habían reanimado á los demás enemigos del imperio en toda la frontera desde la Panonia hasta las embocaduras del Rin, en la frontera de Escocia y en Africa, y urgía restablecer la seguridad ante todo en el Occidente. En el campamento de Mediana, cerca de Naisa, entregó el emperador á su hermano el mando de las fuerzas de que en adelante y en su ausencia debía disponer. De los grandes jefes del ejército dejó á su hermano al famoso jefe de caballería Víctor, hijo de padres yazigios, Arinteo y Lupicino, quedándose él con Dagalaifo y Jovino. Valentiniano mismo era un general excelente, perito en el ataque y en la defensa, y en ocasiones, sin perjuicio de la prevision y cautela, atrevidísimo é impetuoso. Adoptadas estas disposiciones, Valente acompañó á su hermano á Sirmio, donde Valentiniano hizo la partición territorial en el mes de julio de 364, encargando al César el gobierno de la prefectura oriental con el Egipto y la Tracia, y quedándose el emperador con las otras tres grandes prefecturas. Despues se despidieron los dos hermanos y el emperador partió para Milan, donde hizo su entrada en el mes de noviembre y estableció su residencia y corte.

El gobierno de ambos hermanos fué agitado por los peligrosos enemigos con que tuvieron que luchar. Valentiniano encontró el Africa, la Bretaña y la Galia en un estado terrible,

que se había empeorado desde la marcha de Juliano á Oriente. Bandas de foragidos recorrían la Galia con todo descaro; pero mas peligrosas que esta plaga de malhechores, que un gobierno ordenado, enérgico y leal podía hacer desaparecer en poco tiempo, eran la amenaza continua y las tentativas siempre repetidas de los alamanos que procuraban penetrar en la Galia. Los caudillos de estas tribus bárbaras pasaron á Milan para presentarse á Valentiniano y recibir el donativo, subvención ó tributo que desde muchos años cobraban de los emperadores. Valentiniano se lo cercenó de una manera que, unida á la grosería con que fueron tratados por el canciller Ursacio, les irritó en alto grado, y en su consecuencia en el año 365, por el lado del Alto Rin, volvieron á invadir la Galia y á devastarla. El emperador supo esta noticia en el camino poco antes de llegar á Paris, á últimos de octubre del citado año, y en el mismo día le llegaron despachos de su hermano en los cuales le informaba del levantamiento del general Procopio, el cual se había apoderado de Constantinopla y proclamado emperador.

Este general, que como ya dijimos era pariente del difunto emperador Juliano, había inspirado por lo mismo á Joviano y á sus sucesores Valentiniano y Valente, grandes sospechas, tanto mayores cuanto que en el pueblo corria la voz, á todas luces ridícula, de que Juliano antes de marchar contra los persas había designado á su pariente por sucesor suyo. Procopio, en vista de todo esto, temiendo verse preso cualquier día en sus posesiones de Capadocia, se había ocultado, y huyendo de una parte á otra para eludir la persecución, había encontrado asilo en casa de un amigo, persona distinguida, en Calcedonia. Allí supo luego que la opinión no era muy favorable en Constantinopla al co-emperador Valente, á causa de la decidida protección que concedía á los arrianos, y mucho mas á causa de la influencia excesiva que había adquirido su suegro Petronio, elevado á la categoría de patricio, hombre que tenía fama de cruel y rapaz, y que había conseguido reemplazar en la prefectura de Oriente al eminente y honrado Salustio con un protegido suyo llamado Nebridio. Valente, en la primavera del año 365, se trasladó de Constantinopla á Cesarea, en Capadocia, para observar á los persas, que habían vuelto á tomar una actitud amenazadora, y se dirigió desde allí á Siria. Entonces Procopio, cuya situación insostenible le impulsaba á arriesgar el todo por el todo, y que por lo mismo había organizado ya una conspiración en toda regla, aprovechó la ausencia de Valente y el paso por Constantinopla de un ejército destinado á operar en la Dobrucha contra los visigodos, que se movían por aquella parte, para sobornar á este ejército, lo cual consiguió con dinero que le facilitaron algunos amigos y haciendo valer su parentesco con el emperador difunto. Con este apoyo pudo pronunciarse y prender al prefecto de Oriente Nebridio y al capitán general de Tracia, cuyas fuerzas se pronunciaron tambien á su favor. Al mismo tiempo se apoderó de la tercera esposa y de la hija de menor edad del difunto emperador Constancio II, y resolvió pasar al Asia y marchar contra Valente. En Bitinia se pasaron á sus filas las legiones distinguidas de los jovianos y hercúleos, y luego empezó la lucha armada entre el ejército faccioso y el leal de Valente.

Al principio la fortuna favoreció las armas de Procopio, en cuyo ejército se distinguió por su valor y pericia el general Vadomaro, de origen germánico. Procopio obligó á Valente á retroceder á la Galacia; pero en la primavera siguiente de 366, cambió la situación súbitamente; Procopio había ultrajado temerariamente al anciano general Arbecio, que vivía retirado en Constantinopla, y este trabajó desde entonces activamente por Valente. Su crédito, sus antiguas rela-